

Una verraca bien bacana

Josefina Estrada

La criminalidad y la miseria se conjuntan en la vida de la protagonista del nuevo libro de Josefina Estrada. La autora de obras como Virgen de medianoche, entre otros, se introduce en los bajos fondos de Bogotá. En este fragmento de su novela testimonial, la escritora narra lo que llama la “teatralización de la violencia” para utilizarla como espejo de la realidad social que vivimos en México.

Una verraca bien bacana es una novela sin ficción que gira alrededor de Esmeralda Cuervo, quien vivió en El Cartucho, territorio que abarcaba los Barrios de Santa Inés y San Victorino, Bogotá, Colombia. El Cartucho era un gueto, una zona de tolerancia, tierra de nadie, donde se vivía la violencia más extrema. Este lugar era el mayor centro de comercialización y consumo de estupefacientes del país y el sitio que tenía los niveles más elevados de criminalidad. Una cuarta parte de sus trece mil moradores eran indigentes.

A lo largo de cuarenta años, las instancias gubernamentales abandonaron esa comunidad y permitieron que floreciera el imperio de la degradación humana. Nadie podrá cuantificar los crímenes ni terminar de narrar los actos demenciales que ahí se escenificaron. Las condiciones de extrema pobreza y vulnerabilidad de ese espacio bogotano parecieron haber devuelto a sus habitantes a la servidumbre y miseria del feudalismo.

Paradójicamente, El Cartucho estaba ubicado a 260 pasos de la casa presidencial, el Palacio de Nariño, y de un batallón del ejército. A cinco cuadras del Congreso,

de la Alcaldía Mayor, de Bienestar Social del Distrito y frente a la sede de la Policía Metropolitana. Así, El Cartucho colindaba con el área donde confluían los poderes federales, ejército y policía. Allí convivieron la economía millonaria del tráfico de drogas y la economía de la indigencia. En la última década también prosperó el tráfico ilegal de armas y de documentos.

En 1998, el alcalde de Bogotá, Enrique Peñalosa, tomó la decisión política de intervenir radicalmente el sector que abarcaba veinte hectáreas, treinta y dos manzanas. La intervención de El Cartucho significó levantar censos de la población, la compra de inmuebles y su demolición para dar paso a la construcción del Parque Tercer Milenio, el cual se inauguró en 2005, así como edificar conjuntos residenciales y comerciales. La magnitud de esta intervención social y humanitaria no tiene parangón en Colombia, dada la diversidad de los problemas sociales que debían ser atendidos.

En 2005, gané una residencia artística en Bogotá para impartir un taller de testimonio en la cárcel de El Buen Pastor. (En la práctica fueron dos talleres porque

las internas por delitos del fuero común y las presas políticas no conviven). En este penal conocí a Esmeralda Cuervo, quien llamó mi atención desde su primer escrito: su intuición narrativa me maravilló. Aceptó mi propuesta de que escribiera un libro sobre su vida. Pedí los permisos e hice los trámites correspondientes para entrevistarla y me negaron la autorización. Con la complicidad de un funcionario —quien me guardó en su oficina la grabadora y los casetes— pude grabar cuarenta horas de entrevista, a lo largo de cuatro semanas. No soslayaba que esta acción era una falta grave que podría ameritar la deportación, cuando menos. Las historias que me entregaron las presas políticas me hacían temer un allanamiento de morada y torturas. Pero hay que arriesgarse cuando se tiene a la vista un personaje fuera de serie. La cárcel suele ser un territorio de víctimas y victimarios, y yo —que he escuchado infinidad de relatos de tantos submundos— no había escuchado nada tan singular.

Mi pasión por descubrir universos cerrados queda ampliamente saciado con las inauditas revelaciones de El Cartucho, probablemente llamado así porque las dos calles que le dieron origen, en la Colonia, formaban una figura parecida al cartucho, una flor conocida en México como alcatraz. Un líder del lugar comentó a la prensa que así se llamaba porque “la entrada de la flor es muy grande y se va angostando; así, todos podían entrar, pero pocos podían salir”.

Mientras estuve en Colombia me daba la impresión de que México estaba muy lejos de los escenarios violentos que a diario reseñaba la prensa. Desafortunadamente, en el último sexenio, las bandas criminales mexicanas parecen competir entre sí para ensañarse con las víctimas; la simple ejecución ya no es suficiente. Ahora es necesario desmembrar el cadáver, quemarlo, degollarlo o ponerle narcorrecados... De esta manera, los mexicanos estamos ante la escenografía de la teatralización de la violencia, cuya definición se expone en el libro *Muertes violentas. La teatralización del exceso* de la estudiosa colombiana Elsa Blair. Este texto intenta explicar la violencia desmedida que ejercen los grupos armados —paras, guerrilleros y soldados—, así como el de los narcotraficantes y bandas juveniles. Analiza una serie de actos violentos donde el crimen es un espectáculo, un lenguaje y una forma de comunicación.

* * *

En el Cartucho no hay horario. Allí, la hora es la hora en que usted tiene pa soplar-soplar. No hay fecha ni calendario. Usted no sabe qué está pasando afuera ni le importa. Yo sé que a más de uno le pasa porque trabajé con el habitante de calle y me daba cuenta que la ex-



Stanislas Guigui, de la serie *El mundo de los ladrones*, El Cartucho, Bogotá

periencia mía era la de muchos. Allí no hay clima. Si está haciendo sol es lo mismo que si está lloviendo. Me importa un carajo si están cayendo rayos o truenos. Yo tengo que salir y conseguirme mi mariguana, me importa un culo. Yo voy y me la gano.

Yo duraba uno-dos días en la hoya y me iba para mi casa a ver a mi hija y a mi mamá. Comía, me bañaba, conseguía plata y me devolvía, ¿sí me entiende? No estaba tirada totalmente a la calle. Yo pagaba hotel, pero no me dormía ahí. A mí me gustaba mucho la calle; el hotel lo pagaba por pagarlo. Y claro que con el tiempo sí dormí en la calle, en un carrito esferado, ya cuando me involucré en el vicio. O en un cambuche, enterrada como rata. También anduve por las calles resbuscándole, como recicladora, con mi costal al hombro.

De vuelta al Cartucho, llegaba con bolsas de comida. A los parceros les llenaba esa falta de cariño que los había llevado allá. Yo era esa lucecita, la chava que les daba ánimo de comer. Los encontraba tirados en las orillas de los andenes durmiendo, y yo los despertaba: “Quiúbo, parece, tómese un tinto”. Llegué a infiltrarme tanto en esa vida, que los peladitos me llamaban mamá o cucha porque les decía: “Saquemos un tarro, armemos una fogata y hagámonos una aguapanela”.

El vicio me fue atrapando, hasta que me conseguí un marido que era taquillero del Cartucho. Tuve varios amantes, y ya le iré relatando el santo y la seña de todos mis mozos.

El basuco es una droga dependiente que causa pánico. Una paranoia terrible de que todas las cosas malas le pueden pasar. Con esa fantasía de que van a llegar los tombos y que me iban a encanar. También alucinaba que los ñeros ya borrachos armaban un tiroteo y me pegaban un tiro. La adrenalina de sentir que ya me mataron, “¡Ay, Dios mío, ya me pegaron un tiro!”. Y se le tensan los músculos, le crisan los nervios, se le tuercen los ojos, queda uno agónico. Y despertar al otro día, y ver que estaba viva, que no me había pasado nada, era

una sensación de triunfo, ¿sí me entiende? Esa victoria me atraía muchísimo.

Pero mire, ¿qué miedo? ¿Saber que los tombos iban a llegar? ¡Hjum!, si les pedíamos el fósforo para prender el pistolo. Hasta llegué a pedirles una moneda pa comprar la traba. Los tombos eran muy alcahuetes. Qué miedo iba a ser ése a la hora de la final sino que uno se buscaba sus espantos por ocultar otros miedos que uno lleva más profundos, que con el tiempo los vine a descubrir: los problemas que yo tuve de pequeñita con mi madre y con mi familia. Ya le contaré ese cuento y mis tres caídas a la cárcel.

Bueno, pues me amanecía y me anocheecía con los ñeros y hampones del Cartucho, y en esas noches vi de qué estamos hechos los humanos. Póngame atención y verá la verdad de mis palabras. Había una hoya que se llamaba La Reja. Era una bodega. Afuera tenía una pared y una reja grande, que estaba sellada, con una puer-tica pequeña. Adentro era un sopladero. La Reja, antiguamente, eran canchas de tejo, un juego. Uy, aquí en Colombia somos campeones en eso. A esa hoya se iba a meter lo más bajo que podía haber en la sociedad y de lo más maluco. También se veía a gente que se tiraba la plata. Y en esta famosísima Reja se vivían cosas que uno

no alcanza a imaginar. A la entradita había un roto grande, una alcantarilla que olía a mierda. Y tocaba pasar por una tablita delgadita pa no caerse. Por toda la orilla de la pared había cambuches de indigentes. Gente que no salía de ahí en meses. ¡Por Dios!

Conocí a un man que nunca salió de esa oscuridad, porque eso era sombrío. Allá dentro se rebuscaba la comida, la ropa y su vicio. Que no vivía él para más. Vestía los chiros que le regalaban. O hacía mandados volteados a los traídos, a las personas que no conocían La Reja, les decía: “Mire, yo le compro la bicha”, y les vendía cal que sacaba de las paredes raspadas, ¿sí me entiende?

Una vez entré a esa hoya y había un tropel terrible entre jíbaros. Yo no sé cómo sería la discusión; cuando entré, ya estaba armada. Esos manes se mantenían a lo bien con su chaqueta de cuero, revólver y su buena pinta. Los jíbaros discutían con un taquillero, que hacía días que venía entregándoles cuentas que no cuadraban. Un jíbaro le dijo: “A mí no me importa en qué se habrá gastado y cómo se ha gastado el billete, pero yo por lo mío”. ¡Pum!, lo mató de una, entero. Le pegó un tiro en medio de los ojos. Vi cómo salió ese chispazo de sangre por aquí, por allá, por todos lados. Y cerraron La Reja; no dejaron salir ni entrar a nadie. Me quedé contra la pa-



red. Era la primera vez que veía que mataban a un tipo tan de frente mío, tan ásperamente. ¡Oy, no!, pero lo más terrible fue ver cuando lo cogieron con una sierra que troza los árboles y le cortaron los brazos y las piernas. “A ver, usté, gonorrea, ¿me lo van a sacar ya o qué? ¿O cuántos quieren acompañar al londra que me eché al pico?”, dijo un jíbaro. Los fuleros que estaban metidos en los cambuches salieron como ratas, al mismo: “¡Yo, patrón, yo lo llevo!”. Y metieron al taquillero en unas bolsas industriales para la basura, bien amarradito. Montaron las bolsas en la carretilla de Arturo y el jíbaro dijo: “¡Puerta!”. Y abrieron. Echaron tierra encima de la sangre que se había regado y ¡listo! Como si no hubiera pasado nada: la gente siguió en sus cambuches soplando. El tipo que le pegó el tiro se veía que estaba acostumbrado a quitar la vida sin el menor prejuicio. Supe que así había matado unos cincuenta.

Desde ahí empecé a pistear al carretero Arturo cada que sacaba un descuartizado. Bajaba a la Caracas con Décima, y a unas cuatro o cinco cuadras, había un botadero grandísimo-grandísimo que se llamaba el container. Allí botaba los cuerpos entre la basura. Todas las mañanas llegaba una grúa del aseo y se llevaba la miseria tan verraca que salía de ese Cartucho. El container y toda una cuadra a su alrededor era llena de basura arrumada, y la gente dormía entre perros y gatos y caballos muertos y con muertos muertos. La grúa se llevaba la basura que estaba dentro del container, pero la que estaba por el río, no; ese desperdicio era materia de trabajo de los recicladores y era la forma como ellos se conseguían para su traba. Los carros de la basura entraban resguardados al container porque si no, créamelo, que así fuera cualquier maricada se la robaban.

Arturo soplabo mucho, a cada rato salía a comprarme cigarrillos y me regalaba bichas. Me prefería porque sabía que yo era mujer y era el que me cuidaba mucho. Yo no sabía que él tenía influencias. Sacaba los muertos de todas las hoyas del Cartucho, donde la costumbre habitual era matar gente. Si se agarraban un par de ñeros y se mataban a cuchillo, para que no hubiera brinco, para que la policía no viniera y se tirara el negocio, cortaban los brazos y los echaban en una bolsa, las piernas en otra, y el tronco en otra. A veces hasta les quitaban la cabeza. Ya después me acostumbé a que los cortaran; llegué a ver unos cinco, tampoco digo más. A cualquier hora.

Mire, mi señora, si usté vino a la cárcel del Buen Pastor a buscar historias, ¡hjum!, conmigo tiene material pa escribir una novela como las que a mí me gustan. A mí me dan jartera los libros que se pasan dos páginas describiendo la ropa del personaje. A mí no me importa cómo está vestido sino lo que está haciendo. Por eso le voy a relatar varias historias de mi vida, algunas muy malucas; como las que viví en mi faceta de ladrona.

Robar es una profesión y un arte. Los ladrones veteranos me contaron que aquí en Bogotá había una escuela de rateros. Se graduaban de cosquilleros. Incluso sacaron una película de eso. Esa escuela tenía unos maniqués con unas campanitas y enseñaban a meter la mano en el bolsillo, sin que sonaran las campanitas. Cuando ya lograban eso, ya les daban el grado de ratero.

No crea que yo era sola en el Cartucho. Tampoco era que fuera el alma inmaculada que nos trajo desayuno. Siempre he ejercido cierto liderazgo en las personas. Yo comandaba una bandola de chinitos. O sea, si en ese tiempo me hubieran encarcelado me hubieran acusado de corrupción de menores. Como al parche les había probado finura en los camellos que me hacía, los chinos me pidieron que les enseñara mis artes rateriles. Les di varias clases prácticas, viéndome en acción; el ratero de teoría no sirve. Pues al rato, los peladitos salieron a hacer sus fechorías y llegaban a mi bareque y se descargaban conmigo; venían con el brinco y me tiraban la chaqueta, me dejaban lo que se robaban. Fui como la mamá para ellos.

De todas las modalidades que ha habido del robo, yo las he ensayado. Por lo regular nunca he pagado los desfalcos que he cometido. Y la práctica me ha dejado como enseñanza que es mejor robar sola. Rara vez planeo cómo ir a robar; la ocasión hace al ladrón. Yo soy escopera. O sea, ladrona que coge la cosa y se la lleva y los deja sanos. No tiene mucho caso que me vaya a poner a contarle hurto por hurto, porque se le acaban los casets y no termino. Pero sí le di duro cuando estuve en mi tiempo de vicio. Yo actuaba así: si usté está vendiendo ropa, yo paso y la distraigo, la volteo y mientras le estoy hablando a usté de frente, mi compañero se lleva los bultos de su mercancía. También soy volteona; la abordo y le digo que un man le escupió una flema en el saco, y la hago voltear la cabeza pal escupitajo. Y luego le enseño otro y otro, usté se marea y se asquea, y ¡paila!, le abrí su bolso y ni cuenta se dio.

Pero, ¿qué pasaba cuando me cogían? ¡El tren de pata que me daban! Era terrible la patada que me pegaban. Cuando cogían a los mecheros robando en los almacenes, los calveaban o rapaban. A las mujeres las cogían y las trasquilaban. Los dueños les decían: “¿Qué quiere, que le eche a la policía o que la trasquile?”. Y más de una se dejaba trasquilar. Hasta los mismos tombos les dejaban la cabeza afeitada. Eso era una humillación muy grande. A mí nunca me llegó a pasar, gracias a Dios, porque casi no robaba en los almacenes.

Yo vi matar a más de un ladrón a sólo plan. O sea, pegarle con lo plano del machete. No pegarle pa cortarlos, sino de plana, de golpes con machete. Fue en una época en que se incrementó el raterismo de una manera terrible en los locales de San Victorino. Como en el Cartucho se incrementó tanto la drogadic-



ción, de lógica se extendió brutalmente el robo. Entonces los comerciantes se unieron y decidieron coger a los ladrones, y darles duro. Al frente de San Victorino había mucho comerciante libanés; éstos que dicen majito querido. Como los robaban de terrible decidieron que ladrón que cogieran lo iban a aporrear. Y había algunos que se daban garra. En unos almacenes optaron por bañarlos a manguera con todo y ropa. Uysh, con el frío y la lluvia tan tenaz de Bogotá... Y los empleados o la gente que iba pasando les colaboraban con patadas. Hubo una época en que se vio a tanto comerciante rompiendo cabezas, piernas, rodillas, un pie o una mano. Y no faltaba el que salía con un machete y les daba plan.

Los ecuatorianos implementaron la tradición del garrote en el centro de la ciudad. Ellos conocen la ley antigua de los indios: al que robaba, le cortaban una mano. Entonces al que pillaban robando, le cogían la mano a garrote hasta que se la partían. No se la cercenaban, sólo le fracturaban un pie o una mano. ¡Uy, esas paleras eran durísimas! Y así a los ladrones les dio miedo robar en el centro.

Los comerciantes ya no les echaban la policía a los ladrones, pues para qué. Aquí en Colombia, me le llevo algo a usted, y si se lo devuelvo y lo indemnizo, ni siquiera me traen acá. Si me coge la policía, me detiene veinticuatro horas y al otro día ya estoy robando. En la cárcel nos quedamos pagando las huevonas de Ley 30. Las que están cumpliendo condena por portación y tráfico de enervantes. En los nueve meses que llevo aquí encerrada he visto entrar a una pelada tres veces por hurto, y ya es que hoy se va otra vez. No: yo cuando salga me voy a poner a robar. No hay una justicia equitativa. Deberían castigar un poquito más el hurto. Se ha calmado el que le peguen a los ladrones. Porque muchos aporreados ponían contrademanda.

Los ladrones sabían que las palizas eran parte de su trabajo. Tampoco era que les fueran a pegar cada que

fueran a robar; era el día que estuvieron de malas y los cogieron. Si uno de mis parceritos me llegaba todo golpeado, y me decía que le dieron una palera, yo le decía las palabras clásicas: “Espere, hermano, yo voy y les robo con amor pa colaborarle”. ¿Sí me entiende? Iba y robaba con más rabia. Pero ningún castigo los iba a remediar porque la gran mayoría de ladroncitos del Cartucho lo llevaban en la sangre: hijos y nietos de ladrones. Toda la familia era ladrona, ya llevan esa vaina en los genes. Nacen y se le roban el espejito al médico. Ya están acostumbrados a entrar, a salir de cana, que les peguen, a llevar el bulto. Por eso, apenas se curaban decían: “A esta gonorreya que me pegó, a ése es al que voy a ir a robar de primeras”. Y sí.

Vea, hay ladrones que tienen manías. Están muy maniados. Conocí a unos buseteros. Se subían a la buseta y en determinado sitio cogían y encañonaban al chofer y a la gente: “Entreguen las joyas, la plata, entreguen todo”. Y tenían la maña de que si iba una pelada joven y bonita, la violaban ahí. Que eso salió en el periódico. Una amiga mía era de esa banda. Y siendo mujer, patrocinaba que violaran a las peladas. Ella llegaba y me contaba:

—Vea cómo esa hembra gritaba, “no, no”, pum, marica, le tapé la boca con el zapato.

—¿A usted no le da pesar? ¿Cómo hace para ver eso?

—No, es que son unas chinas maricas, hijas de papi y mami; se merecen eso. Porque tienen plata, merecen que las violen.

Eso es una mentalidad de pobres ignorantes. Uy, es que a mí eso me parece aberrante.

—Ay, y sabe qué, esta guasa era de ella. Y mire los zapatitos de la gomela.

Aquí en Colombia, y yo creo que en otras partes, una gomela es una niña toda engomeladita. Bien vestidita, creidita, toda de ricachones. Y ella le tenía mucha tirria a los gomelos y a las gomelas. Y ella me decía: “Vea, flaca, nos echamos una buseta, cómo le parece que el Surco se echó al pico a la china”.

Y la buseta andando y dos o tres tipos violándola. Y eso le parecía que uy, había hecho una proeza. Como si se hubiera ganado un premio. Ellos me convidaron más de una vez a pegarle a las busetas, y yo les decía:

—Ni siendo cierto: yo veo que usted está violando a una peladita y le doy piso.

Hjum, mi señora, pero no es nada lo que vengo contando, dentro del Cartucho los escarmientos por robo sí que eran tremendos. Si lo pillaban robando o lo sapeaban y le echaban el paciente encima, ya tenía la lápida ahí pegada, de muerto no bajaba. Es que robaban a cada rato a las casas de empeño. Por toda la Décima hay cuadras de compraventas, almacenes y prostíbulos. Revueltos, ¿sí me entiende? En el primer piso había una compraventa, y en el segundo, estaba el prostíbulo.

Entonces, llegaba la gente al Cartucho y se embalaba, se le acababa la plata y salía: “Quiúbo, ¡quieto!”, pum, y asaltaba a la compraventa. Tiro por viaje mataban a los ladrones en esos asaltos. Una vez, como a las tres de la tarde, estaba en la plaza del Cartucho, la que quedaba en la esquina, tomándome un caldo. Cuando es que ¡pin, pin, pin!, severa balacera. Veo que baja corriendo un man por aquí, otro por allá, y otro más allá. Y se oyó la explosión de una granada. Salió una desbanda de ñeros y me uní en su carrera. Donde yo me estaba tomando el caldo se volvió toda una nada. El dueño de la compraventa les había tirado una granada a los manes que lo habían asaltado, ¿ah? A uno de los asaltantes, lo cogieron con una pierna toda astillada y el dueño lo vio y pum, le pegó un tiro en toda la cabeza. Y nadie dijo nada. Ni se lo cobraron. ¿Por qué?, porque el tipo estaba faltando. Y así, los treinta días del mes, se veían asaltos en las compraventas. Aquello era como ver una película de pistoleros. En el Cartucho a cada rato se veía que venía un tipo corriendo, y otro atrás dándole bala.

En San Victorino había una plaza de mercado, donde también se robaba mucho. Y si la persona agraviada se atrevía a entrar sola al Cartucho, terminaban de robarlo. Hasta desnudo lo andaban dejando. A los ladrones se les perseguía hasta la esquina donde quedaba el supermercado, en la Onceava con Novena, y ya no lo

seguían más. Después de que el tipo llegara a esa esquina ya estaba salvado. Al cruzar esa carretera de unos seis metros de ancha, empezaba la hoya. Seguir por esa cuadra le daba impunidad. Nadie en su sano juicio se atrevía a pasar la carretera. Y no lo perseguían por el miedo de que de pronto tuviera un cómplice, y éste lo cogiera y lo chuzara por detrás. O que lo encontraran entre todos y se lo acabaran de putear. Esa calle era una división. Lo mismo por el lado de la Décima; robaba arriba de la avenida, cruzaba, ya no lo perseguían más.

Yo le vi tantas veces la cara a la muerte en el Cartucho que dejó de sorprenderme. A mí me importaba un reverendo. Lo que me hacía sentir segura era que yo sabía que nadie de mi consanguinidad, nadie de mi corazón, estaba metido en ese hueco. Porque mi familia es muy sana y muy honesta. Eso me fresqueaba a mí mucho. El temor era que me mataran, pero a la postre, me daba lo mismo también: yo le había perdido mucho amor a la vida. Dejó de sorprenderme ver muertos como fueran: que le arrancaron la lengua, se la fritaron y se la comieron con una arepa, a mí qué. Pero ¡mire, por Dios!, usted cogía y le pateaba a mi perro, yo la desnucaba a usted por eso. Pero usted mataba a mi amigo y a mí qué me importa: “Quíteme el muerto de aquí rapidito, que no quiero que me manche el zapato”. ¿Sí, pillá? En el Cartucho valía más la vida del perro que la vida del humano. **u**



Stanislas Guigui, de la serie *El mundo de los ladrones*, El Cartucho, Bogotá